CARTA

DE M.r CARLOS LUIS DE Haller,

MIEMBRO DEL CONSEJO SOBERANO DE BERNA,

A SU FAMILIA,

En que le declara su conversion á la Iglesia Católica, Apostólica, Romana.

Traducida del Francés al Castellano

Por un Español amante de la misma.

NUEVA EDICION.

En Pamplona en la Imprenta de Javier Gadea. Se vende en su libreria calle Navarreria Num. 11. Año de 1821.

140 €

CARTA

DE M.r CARLOS LUIS DE HALLER,

MIEMBRO DEL CONSEJO SOBERANO DE BERNA, (*)

A SU FAMILIA,

En que le declara su conversion á la Iglesia Católica, Apostólica, Romana.

Mi querida y apreciable esposa, y vosotros mis muy amados hermanos y demás parientes, á quienes estoy tan tiernamente unido, sea por los vinculos de la sangre, ó sea por una alianza de que me glorío, y por el recuerdo de tantos beneficios; jamás creí hallarme en el caso de tener que haceros desde París un descubrimiento que podrá sorprenderos, y aun tal vez afligiros (por cuya sola razon me es doloroso), pero al que la necesidad me obliga, y que tarde ó temprano ha de convertirse para vosotros en motivo de alegria y de consuelo. Hace muchos años que vivimos reunidos en la mejor harmonía: el cielo la ha recompensado con todo género de bendiciones; concededme pues todavia vuestra amistad,

a y

(*) Capital de uno de los cantones protestantes de Suiza, al que le da el nombre.

y escuchadme con amor en una de las épocas mas decisivas de mi vida,

Muy de antemano os es conocida, ya por mis discursos, y ya tambien por las voces públicas, mi inclinacion á la Iglesia Católica, que no es otra cosa sino la sociedad universal de los Cristianos. Esta inclinacion no comienza desde hoy; nadieme ha inducido ni solicitado; ella es el fruto natural de un buen corazon, de una razon sana, y de la gracia particular de Dios, que durante el curso de mi vida me ha conducido á su Iglesia de una manera casi milagrosa. Mis hermanos se acordarán acaso con cuanta equidad hablaba muchas veces de los Católicos nuestro difunto padre (*) en el seno de su familia; él los conocía por muchas relaciones literarias, los amaba, y aun justificaba su creencia sobre diversos puntos. Esta semilla se ha desarrollado en mí, y á pesar de los errores de mi juventud, al menos mi ignorancia no opuso el menor obstáculo. La belleza de los templos católicos elevó siempre mi alma hácia los objetos religiosos, asi como por el contrario la desnudéz de los nuestros, de los cuales se ha hecho desaparecer hasta el último emblema del Cristianismo, y la frialdad de nuestro culto siempre me desagradaron; muchas veces me parecia que nos faltaba alguna cosa, y que eramos estrangeros en medio de los cristianos.

Vosotros encontraréis ya algunas señales de estas disposiciones en un elogio que hice de Lavater hace 21 años hallandome en Weimar. Habian echado en cara á este hombre célebre la misma inclinacion: yo procuré justi-

(*) Teofilo Manuel de Haller, del consejo soberano de Berna, y Bailfo, ó (sea) alcalde ordinario de Nyon: Autor de la Biblioteca de la historia suiza: murió en 1786.

tificarlo; pero, ah! aunque no tenia yo entónces otra Religion que la que llaman natural, ó mas bien la que yo mismo me forjaba; el modo con que yo hablaba, guiado solamente por las luces de la razon y del buen sentido, acerca de la confesion, de la abstinencia periódica, considerada como un exercicio de privacion, de la decoracion de los templos, de la ceremonia del lavatorio de los pies, y aun de la unidad de la Iglesia, asombró aun á los sábios Católicos. Durante mi emigracion logré tratar á muchos Prelados y sacerdotes católicos, y aunque nunca me hablaban de Religion, ó al menos no intentaban trastornar mi creencia, no pude menos de admirar su espiritu de caridad, su resignacion en medio de todos los ultrages, y aun me atrevo á decir, sus luces y profundos conocimientos. No sé qué secreta simpatía me arrastraba ácia ellos, ni cómo ellos me inspiraron siempre tanta confianza. El estudio de los libros que tratan sobre las Sociedades secretas y revolucionarias de Alemania, me hizo reconocer una asociacion manejada con resortes ocultos, y esparcida sobre todo el globo para enseñar, mantener y propagar principios impios y detestables, pero que no obstante ha llegado á hacerse poderosa por su organizacion, por la union de sus miembros, y por los diferentes medios que han empleado para conseguir su fin; y si bien estas sociedades me inspiraban horror, en esto mismo me hicieron conocer la necesidad de una sociedad religiosa, contraria á ellas, y de una autoridad maestra y protectora de la verdad, con el fin de poner un freno á los desvarios de la razon, de reunir los buenos, y de impedir que los hombres se dexen llevar de todo viento de doctrina; pero yo aun no estaba del todo asegurado de esta verdad, y no advertí sino muy tarde que esta sociedad existe en la Iglesia Cristiana, universal ó Ca-

tólica, y que esta es la causa del odio que todos los impíos tienen contra ella; mientras que todas las almas buenas y religiosas, aun en las confesiones separadas, buelven á acercarse á ella, á lo menos en su corazon. Durante mi permanencia en Viena, aunque mi conversion pudo serme entónces útil por motivos temporales, ni yo pensé en ella, ni persona alguna me habló sobre este asunto. A lo mas algunas buenas almas que me estimaban, viendo mi corazon libre de odio, y de preocupaciones mi espiritu, me dieron á entender con disimuladas insinuaciones sus deseos de que me convirtiese. Pasando en cierta ocasion por una librería, ví un librito compuesto para el pueblo, en el que están explicados todos los ritos y ceremonias de la Iglesia Católica, lo compré por pura curiosidad, y todavía lo conservo. Pero, ¡cual fué mi sorpresa viendo en él tantas cosas instructivas, el sentido, el fin y la utilidad de tantos usos que nosotros tenemos por supersticiones! Mas sin embargo mis reflexîones y mis estudios políticos fueron los que principalmente me condugeron poco á poco á reconocer unas verdades que estaba muy lexos de preveer. Disgustado de las falsas doctrinas dominantes, y viendo en ellas la causa de todos los males, la rectitud de mi corazon me hizo siempre buscar otros principios sobre el origen legitimo y la naturaleza de las relaciones sociales.

Una sola idea sencilla y fecunda, verdaderamente inspirada por una gracia especial de Dios, qual es la de traer ó hacer derivar de lo alto el origen de todas las cosas, y colocar en el orden del tiempo, así en la ciencia como en la naturaleza, al padre antes que los hijos, al amo antes que los criados, al príncipe antes que los súbditos, al doctor antes que los discipulos, formó de consecuencia en consecuencia el plan de ese libro, ú cuerpo de doctrina que hoy hace

ce tanto ruido en Europa (*), y que, me atrevo á decirlo, tal vez está destinado para restablecer los verdaderos principios de la justicia social, y reparar muchos males sobre la tierra. Yo me representaba tambien un poder ó autoridad espiritual preexîstente, y el fundador de una doctrina religiosa, agregándose discipulos, reuniendolos en sociedad para mantener y propagar esta misma doctrina, dándoles leyes é instituciones, adquiriendo poco á poco propiedades territoriales para ocurrir á las diferentes necesidades de esta sociedad religiosa, y aun capáz de llegar á una independencia exterior ó temporal. Consultando en seguida la historia y la experiencia, ví que todo esto se habia asi realizado en la Iglesia Católica; y esta sola observacion me hizo reconocer su necesidad, su verdad, y su legitimidad. Algunas personas de ingenio entre los católicos notaron ya esta propension en el *Compendio de la ciencia política*, que hice imprimir en 1808, y me digeron que yo apoyaba su misma fe sin saberlo. La lectura atenta y frecuente de la Biblia me mostró aun mucho mejor, que no me habia engañado; pues con este espiritu de justicia é imparcialidad que Dios me ha dado, no pude menos de conocer en ella innumerables pasages, que no tienen alusion sino á un Reyno de Dios sobre la tierra, esto es, á una Iglesia ó sociedad de fieles, que S. Pablo llama *el Cuerpo de Jesu-Cristo*, (Timoth. III, 15.) con su gefe y miembros destinados á mantener y perpetuar la Religion Cristiana, á reunir los buenos, y separarlos de los malos, á fortificarlos por medio de esta reunion &c. pasages que nuestros ministros nunca citan, porque en el sentido protestante es imposible darles una explicacion sencilla y natural. La obri-

(*) Restauracion de la ciencia política, ó teoría del órden social natural, opuesto á la quimera del estado civil facticio. Winterthur. 1816 = 1821. 4 tom. en 8.º

brita que publiqué en 1811 bajo el titulo de *Religion politica*, ó de *Politica religiosa*, y que no es sino una aplicacion de varios pasages de la Santa Escritura á las relaciones y deberes sociales, da una nueva prueba de estos principios, aunque en ella he guardado mucho miramiento, y pocas personas habrán podido penetrar mi designio.

Asi, puedo deciros en verdad, hermanos mios, que desde el año 1808 era yo Católico en el alma, y protestante solo en el nombre. Este sentimiento cobró un nuevo grado de fuerza en 1815, época en que la Providencia en su misericordia parece haber reunido á nuestro canton el obispado de Bâle, para instruirnos y familiarizarnos con las verdaderas nociones de la Iglesia universal, y para desterrar tantas y tan fatales preocupaciones.

Habiendo sido destinado á esta nueva parte de nuestro territorio á redactar las instrucciones para la acta de reunion, y formar esta misma acta, tuve ocasion de tratar algunos sugetos distinguidos, y leer obras aun mas célebres, que me eran necesarias ó utiles para aumentar y perfeccionar el tomo 4.° de la mia, que trata de las Sociedades religiosas, ó de los imperios eclesiásticos. Su lectura alimentaba mi espiritu y mi alma; poco á poco fueron desapareciendo las ultimas dudas, aun las que me restaban sobre el dogma, á cuya consideracion me habia dedicado poco hasta entonces: la venda que cubria mis ojos cayó del todo, y mi espiritu se halló de acuerdo con mi corazon; parecíame haber encontrado *el camino*, *la verdad y la vida*, y haber en fin satisfecho el hambre y la sed de la verdad que mi alma padecía. Por otra parte leía tambien autores protestantes, especialmente los que tratan del que se llama Derecho Eclesiástico, y (lo que no podriais creer, mis amados hermanos) ellos fueron quienes, aun mas que los escritores Católicos, me confirmaron en mis sentimientos. Sus incertidumbres y variaciones perpétuas, sus contradicciones, sus reticencias, y las concesiones que á veces se dexan escapar en algunos momentos de sinceridad; ese aire, en fin, de sequedad, de acrimónia y desdén, tan poco conformes, no solo á la Religion y caridad cristiana, pero ni aun á las consideraciones debidas á unos hermanos mayores, y á una Iglesia tan numerosa y respetable en el dia, me probaron que no estabamos en el camino de la verdad, porque esta jamás varía, ni se sirve de armas de esta especie. A mas de esto, yo entreveía con la mayor evidencia lo que en el fondo confiesan ambos partidos; á saber, que la revolucion del siglo XVI, á la que nosotros damos el nombre de *reforma*, es en sus principios, progresos y resultados la imagen perfecta, y el precursor de la revolucion politica de nuestros dias, y la aversion que tenía yo á esta ultima, hizo que mirase con hastío la primera. Mis labios expresaban lo que sentía el corazon, y todos saben cuán frecuentes eran mis discursos sobre estas materias en los años de 1816 y 1817. Hasta los mismos Teólogos protestantes quedaron muchas veces sorprendidos de ellos, y conformaron conmigo en los principales puntos. Así los tres primeros tomos de la *Restauracion* que se imprimieron en aquella época, aunque no tratan sino de los gobiernos temporales, contienen ya un gran número de pasages favorables á la Iglesia Católica, y ni uno solo que sea contrario á ella.

En el otoño de 1818 asuntos particulares me llevaron á Nápoles. Siguiendo mi viage de Reggio á Roma con una familia inglesa, y un abate francés, se habló muchas veces de materias eclesiásticas, porque la vista de Italia y de sus numerosos monumentos ofrecian á cada paso ocasion para ello. Hallandose el abate un momento á solas conmigo, me hizo el elogio de los justos sentimientos que animan á los ingleses acerca de la Religion Católica, y habiendole yo res-

pon-

pondido que esto no me admiraba, que la revolucion habia hecho abrir los ojos á muchos, y que yo tambien era protestante, no quiso creerlo, y aun me aplicó aquellas palabras que nuestro Salvador dijo al centurion de Cafarnaum: "*No he hallado una fe semejante entre los nuestros.* "Viendo mis disposiciones, se empeñó fuertemente en persuadirme á que volviese al seno de la Iglesia que yo reconocia por verdadera, y legítima; pero yo aun lo resistía, sea por respetos humanos, sea por no dar que sentir á mi familia, sea por dilatar este paso hasta el fin de mis dias, ó sea finalmente porque esperaba que mi 4.° tomo haría acaso mas efecto saliendo de la pluma de un protestante en la apariencia. A vista de esto no quiso instarme mas, pero me escribió desde Roma una carta, en la que tan solo me recordaba algunas sentencias ó textos de la Sagrada Escritura, y entre otros este del Salmo 94: "*Si oyereis su voz en este dia, no quérais endurecer vuestros corazones.*"

Asi permaneció este negocio en todo el año de 1819, á cuyo tiempo estaba yo trabajando el tomo 4.° de la *Restauracion*: cada uno de sus capítulos me confirmó mas y mas en mi fe, y me demostró la necesidad, la verdad, la santidad y los inmensos beneficios de la Iglesia Católica, con lo cual mi alma sintió una comocion indecible.

Hallábase en Berna por el otoño á pasar unos dias el Duque Adolfo Mecklembourg Schwerin, y fué á visitarme. Este príncipe amable, que sin embargo de haber tambien entrado en el seno de la Iglesia, se hallaba á la sazon ya reconciliado con toda su familia que era protestante; viendo por una parte mis bellas disposiciones, y por otra mis inquietudes, me dijo que podia ser Católico en secreto, y obtener dispensa para los actos exteriores, pues que muchos protestantes se hallaban en el mismo caso. Esta idea aquietó mi interior, porque me ofrecia el medio de satisfa-

facer á mi conciencia, sin dar al público una campanada que deseaba evitar, mas por entonces no tomé ninguna resolucion.

Algunos domingos antes de Navidad de 1819 estaba yo una mañana llorando en mi gabinete á causa de una emocion religiosa, reflexîonando el pasage de la Escritura que el abate francés me habia traido á la memoria, inquieto sobre la educacion de mis hijos, y rogando á Dios por ellos, cuando vino mi muger á proponerme si queria ir á oir el Sermon que predicaba un Orador sabio. Habiendo entrado en la Iglesia, quedé pasmado y comovido al oirle tomar por texto estas mismas palabras; "*Si oyereis su voz en este dia, no querais endurecer vuestros corazones.*" Parecia ser inspirado este sermon por la misma Providencia para aplicarlo á mi situacion particular. El orador no desenvolvió su tema del modo ordinario: habló del establecimiento del Cristianismo y de su Iglesia, de San Pedro convirtiendo en un solo dia cinco mil infieles, del grano de mostaza del cual habia de resultar *un grande arbol*, de la necesidad de entrar en el *Reyno de Dios*, del peligro de dilatar esta resolucion hasta el fin de la vida &. Habiendo tenido aquella misma tarde una larga conversacion con el autor del discurso, le hice observar que nuestra Iglesia protestante no presentaba la imagen de un arbol, sino mas bien de algunas hojas esparcidas, que vienen á ser el juguete de los vientos; que un arbol tiene una raíz, un tronco, ramas y hojas unidas las unas con las otras, y que sola la Iglesia Católica me parecia poseer este caracter, como que tiene un Gefe y miembros, que forman un rebaño sometido á un solo Pastor por medio de una gerarquia gradual. La conversacion se extendió aun sobre diversos puntos, como por egemplo, sobre lo que debe entenderse por el *Reyno de Dios*, sobre la Primacía de San Pedro, sobre la perpetuidad de la Santa

Sede, que ciertamente tiene algo de milagrosa, sobre la dificultad, ó mas bien imposibilidad de mantener una creencia fija en la Iglesia protestante &. El sabio Teólogo me estuvo escuchando con mucho interés, y no pudo negar la justicia de muchas de mis observaciones. Convino tambien en que la separacion de la Iglesia universal era una gran desgracia; pero ultimamente se atrincheró en las objeciones ordinarias sobre los antiguos abusos introducidos en la Iglesia, y sobre el desarreglo de muchos Gefes ó miembros de ella; objeciones que me parecian bien débiles, al ver que entre nosotros hay tambien abusos, y muy grandes, que la historia no refiere cosas muy edificantes de Lutero y Calvino, que nuestros ministros no son mas irreprensibles que los Sacerdotes Católicos, y finalmente que entre ellos puede haber algunos corrompidos, pero nunca lo serán todos en comun, y aun ménos la fe y la Religion que enseñan.

Por lo que á mi toca, convencido por la misma Biblia de que el Reyno de Dios sobre la tierra no consiste solamente en el conocimiento y observancia de sus preceptos, (lo cual es sin duda su objeto y su fin) sino tambien en los medios exteriores para llegar á él, esto es, en la Iglesia ó autoridad establecida para enseñar, interpretar y propagar estas mismas leyes divinas, y procurarnos por este medio la paz y la alegría en el Espíritu Santo, que es el ultimo objeto de este Imperio celestial; creí ver en el sermon que acababa de oir, el dedo de Dios que me indicaba el camino que debia seguir, y él fué el que me decidió. Al dia siguiente escribí á un amigo mio, el único que sabía mis disposiciones y mi larga perplexidad, un billete en los términos siguientes.

„ No he podido cerrar los ojos en toda esta noche, y „han corrido de ellos dulces lagrimas; me parece que el Se„ñor ha dado oidos á los ruegos que tantos cristianos han he-

„hecho en mi favor. Su gracia obra tan poderosamente en „mi, que ya ni puedo ni quiero resistirla por mas tiempo. „Me es imposible vivir en adelante en esta eterna rebelion „contra Dios, y contra mi propio convencimiento. Id, pues, „á Fribourg, mi respetable amigo, y decid al Señor Obis„po lo que tenemos convenido. Implorad la misericordia de „la Iglesia en favor de una oveja nacida en el error, rodea„da de sus secuaces, pero que echa una mirada de ternura „acia la madre comun, y que está aguardando el momento „favorable para reunirse publicamente al rebaño de Jesu„cristo, gobernado por sus legitimos Pastores."

Este paso no se dió inmediatamente, sino despues de muchos dias de reflexion, durante los cuales siempre me mantuve en ello. El Obispo que me tenia ya conocido por mis obras politicas, me dirigió en contestacion una carta llena de bondad y caridad, que me hizo anegar en lagrimas, y que por sí sola hubiera bastado para hacerme reconocer la Divinidad de esta Iglesia, á no haber estado de antemano persuadido de ella. En esta carta me decia que hacia mucho tiempo me miraba como á hijo de la Iglesia Católica, y que no le habia sorprendido una resolucion que él estaba esperando, y de la que me felicitaba. Se informó de toda mi situacion, de la delicadeza de las relaciones que yo tenia con mi familia y con la sociedad; me dixo que la Iglesia se contentaria con la profesion de fe, y que para evitar un mayor mal, ó para hacer un mayor bien, podria ser dispensado de los actos exteriores por un tiempo indeterminado; ultimamente me indicó el corto número de preparaciones y formalidades que debia observar. Esto no obstante se pasaron todavía mas de ocho meses, en los cuales compuse mi opúsculo sobre la Constitucion de España, y concluí el tomo 4.º de la *Restauracion*, que salió á luz á fines de agosto de 1820. Este ultimo li-

bro, aunque es verdad que no trata sino de las sociedades espirituales ó religiosas en general, y menos del dogma, que de la naturaleza y organizacion de la Iglesia, está sin embargo fundado todo él sobre principios católicos, y contiene por decirlo así, una profesion de fe hecha á la faz de todo el Universo. El Obispo no me dió priesa alguna durante todo este intervalo, porque no es el espiritu de esta Iglesia, como tal vez vosotros lo creeís; ella á nadie hace violencia, pero abre las puertas al que llama; vé venir, y deja obrar la gracia de Dios, bastante poderosa una vez que ha movido el corazon del hombre. Yo hubiera podido aun diferir para otro tiempo este asunto; en nada me he precipitado, pues ha sido menester una lucha de diez á doce años para decidirme; pero no tenía ya reposo, y mi resolucion quedó incontrastable.

En fin se dispuso el lugar y el dia con toda la prudencia posible; este fué el 17 de octubre de 1820 en la casa de campo de Mr. Boccard, allegado de Affri, en Gestchwil, á donde fué el Obispo como para hacer una visita á la familia; hice mi profesion de fe, y mi confesion general, y en vista de mi sincero arrepentimiento recibí la absolucion, y de allí á dos dias á las seis de la mañana en el Oratorio particular del Obispo en Fribourg, el Sacramento de la confirmacion y el de la Comunion, los cuales me dieron una fuerza, una calma y satisfaccion que no puedo explicar, y de las que ningun protestante puede formarse una justa idea.

Mi intencion era guardar este secreto en el fondo de mi alma por no dar una campanada, ni afligir el corazon de mis parientes, y no descubrirlo sino en momento mas favorable, ó si este no llegase, á lo menos en mi testamento cuando se acercase la hora de mi muerte. Mas en el entretan-

anto á nadie es licito renegar de su fe, y asi os acordaréis, mis queridos hermanos, que cuando corrían aquellas voces á fines de diciembre, y me hacían tantas preguntas, jamás os dige que era protestante, sino que confesandoos mi propension y aun mi creencia, os respondía unas veces que publicamente y en lo exterior no habia mudado; otras, que no practicaba los actos de la Religion Católica; otras, que en la apariencia era siempre el mismo, y que no juzgaba necesario dar un paso, ó hacer una declaracion pública, todo lo cual era muy conforme á la verdad. Si por casualidad (lo que no recuerdo) hubiese dejado soltar una expresion que tuviese el ayre de una negacion, no era esta mi voluntad, y pediria perdon de ello á Dios y á los hombres. Cierto dia en una efusion de mi corazon y de mi ternura llegué á descubrirme á mi esposa, la informé de las voces que corrian, le confesé mi intímo convencimiento, y le dixe todo, excepto el ultimo secreto; ni aun quise ocultarla, que si me preguntasen públicamente, no podria negar mi fe, que me vería obligado á declararme, y que casi me parecía que Dios queria ponerme en la necesidad de dar este exemplo. Para gran consuelo y satisfaccion mia recibió mi esposa esta confesion con mucha calma, sin hacerme reconvencion alguna; esto es lo que me hace esperar, que escuchando el Cielo mis fervorosas súplicas, la asistirá con su gracia, y dulcificará la amargura que temo causarla. Lo unico que me dixo con una tierna resignacion, fueron estas palabras: „ Si „te vieras en la precision de declararte, no podriamos „permanecer en Berna; sin embargo, donde quiera se „puede vivir.“ En otra ocasion dexó solamente escapar estas expresiones: „ Si puedes dispensarte de esto, no „lo hagas en consideracion á tus hijos. “ Esto era tambien lo que yo queria; mas por entonces se contentaron con

con mis respuestas, y la tempestad parecia haberse apaciguado.

Mi viage á esta Ciudad de París no tenia conexîon alguna con este objeto; el mio era unicamente personal y literario, como se lo he escrito desde aquí á mi hermano mayor. Pero no bien habia pasado ocho dias en esta Capital, en donde esperaba gozar por fin algunos momentos de satisfaccion, cuando me avisan de Suiza que dos folletistas, tan opuestos á la religion protestante, como á la católica, y por otra parte enemigos eternos de mi patria y de mi persona, reputando por nada la paz de una familia, y la felicidad de un individuo, anuncian al público lo que ellos llaman *mi mudanza*, y que uno de los folletos designa, aunque ocultando mi nombre, el lugar y tiempo con bastante certeza. Yo no podré explicaros, hermanos mios, cual fué el trastorno que causó en mi alma esta noticia; pues á sus resultas caí enfermo, y vuestras penas solas formaban las mias. Ignoro absolutamente quién haya revelado este secreto, pero comprendo cómo ha podido suceder. El 4.° tomo de mi obra ha llamado la atencion general, y produce una gran sensacion no solo en Suiza, sino tambien en los países extrangeros. Los Católicos están llenos de gozo, y no cesan de alabar al Señor; muchos protestantes lo aprueban tambien, y hacen sérias reflexîones. Cada uno habrá deseado saber si yo era en efecto Católico, si mis acciones correspondían á mis escritos; se habrán hecho mil preguntas por todas partes; un sirviente v. g. habrá hecho y comunicado una congetura, otro la habrá aumentado, un tercero la habrá asegurado como cosa cierta, y aproxîmandose de este modo los indicios, llegó por fin á adivinarse la verdad. Pero sea de

esto

esto lo que fuere, no puedo menos de reconocer en todo el dedo de Dios, que se sirve á veces de los mismos malos para verificar sus designios, y que mediante estos acontecimientos succesivos parece quiere decididamente que yo dé al mundo este exemplo, y no quede á mitad de camino. *Hagase su voluntad soberana*; yo debo someterme á ella con humildad. Despues de haber derramado muchas lagrimas, de haber estado reflexîonando noches enteras, invocado de rodillas la asistencia del Espiritu Santo, y consultado el parecer de personas prudentes y sábias, no he encontrado tranquilidad ni reposo, sino en la resolucion de confesaros toda la verdad, cubierta hasta aquí con un velo; de profesar ante los hombres la fé que confieso delante de Dios, y de llevar si fuere menester la parte de cruz que se digne embiarme, confiando en su misericordia, que atendida mi obediencia y mis instantes súplicas, concederá á mi muger, hijos y familia, la fuerza necesaria para sobrellevar las penas y tribulaciones, que serán las consecuencias momentáneas de esta resolucion.

Apelo, hermanos mis, á vuestro juicio si me es lícito hacer otra cosa, si puedo todavía guardar este secreto. El ruido que yo queria evitar, está ya hecho por mis enemigos, y nada tengo que añadir. El dar una respuesta negativa á estos articulos de gaceta, y desmentirme absoluta y formalmente, como lo pretendeis, no es posible. Facil me sería buscar una solucion evasiva ó ambigua, pero sobre ser inútil, no habia de servir sino para aumentar y prolongar nuestro comun tormento; porque, ó bien se miraría como una denegacion, lo cual es incompatible con el deber de un hombre de bien y de un cristiano, ó bien se atinaría con la verdad al través del velo, y así no se conseguía el fin. Por el contrario

yo

yo sería tenido por un hombre irresoluto, tímido y vacilante, que por respetos humanos no se atreve á confesar su religion, y estaría eternamente en una posicion falsa é imperfecta, tan despreciada de los protestantes como de los Católicos. Proseguirían poniendo otros articulos de gaceta; me estarian atormentando continuamente con preguntas, unas veces por pasatiempo, y otras de sério. Vosotros conoceis mi ingenuidad que se avergüenza de todo lo que tiene aun la apariencia de mentira, y tarde ó temprano sería forzoso decir la verdad. Añadase á esto la publicacion de mi tomo 4.º que ya se ha esparcido por todo el mundo, y se está reimprimiendo actualmente. Los anuncios mas lisongeros se han publicado de él en diferentes diarios literarios; de todas partes de la Suiza y Alemania me han llegado cartas gratulatorias, y vivos testimonios de satisfaccion. Es bien seguro que nadie lo refutará, pero tambien lo es, que nadie creerá que leyendo este libro, pueda uno permanecer protestante: esta sería una chocante contradiccion que quitaria toda la fuerza persuasiva á una obra destinada tal vez á producir grandes efectos. Si por el contrario tomando una resolucion virtuosa, y sometiendome á la voluntad de Dios manifestada con tantas señales, confieso toda la verdad, os resultará seguramente alguna sorpresa y afliccion, pero ellas pasarán bien pronto, como lo han probado tantos otros exemplos, y será forzoso apreciar á un hombre que sin ninguna ventaja temporal, antes bien sacrificando sus mas caros intereses, y luchando contra unas solicitaciones que le parten el corazon, no reniega la fe de que está convencido, y esto me atraerá la tranquilidad para el resto de mis dias. Estoy intimamente persuadido á que vosotros mismos no dexaréis de amarme, y yo por la misma razon de ser cristia-

tiano católico, os amaré todavia mas tiernamente. Por lo demás, con tal que mi conciencia quede satisfecha, guardaré con el mayor gusto todas las atenciones que pueden exîgir ó permitir la dulzura y la amistad, sobre lo cual me refiero al parecer y consejos de mi familia. ¿Creeis que sea necesario hacer la declaracion al gobierno? Os autorizo para ello, y aun para que podais darle copia de esta carta. ¿Convendria pedir la dimision de mis empleos, especialmente el del Consejo secreto, á pesar de que no debia hacerlo, pues que ninguna ley me obliga á ello? Consiento en que se pida con el mayor placer. Mucho tiempo ha que estoy disgustado de estos puestos, sea porque en ellos no puedo hacer bien alguno, ó sea por mis vivos deseos de emplear lo poco que me queda de vida en la salvacion de mi alma, y en la conclusion de una obra, para la que parece haberme destinado con mas particularidad la Providencia. ¿Os parece que seria necesario ú conveniente dejar á Berna al menos por algun tiempo? No importa; mi fortuna aunque mediana es suficiente, y espero que mi tierna esposa no me abandonará; pero si posible fuese, mas quisiera vivir y morir en mi patria. Por lo que respeta á mis hijos, dirijo mis votos al Cielo para que los guie por sí mismo al buen camino, pues aunque las leyes exîgen la religion del padre, son ya demasiado crecidos para que yo quiera obligarlos á su pesar. Quiera el Cielo que tarde ó temprano se ponga de acuerdo para este fin su voluntad con la de su madre, pero ante todas cosas es necesario su propio y libre convencimiento. Lo que en el interin me consuela es mi íntima persuasion de que van á suceder, y quizás bien presto en Europa unos acontecimientos, que facilitarán esta especie de conversiones á muchos millones de nuestros hermanos separados; desaparecerá un gran núme-

upna

ro de preocupaciones ; los exemplos se multiplicarán , y si en este caso mis hijos se inclinásen acia la Iglesia universal , no tendrian que sostener la misma lucha que su padre.

Ahora pues , amados hermanos mios , y tú sobre todo tierna compañera de mi vida , si despues de esta ingenua exposicion y de esta confesion sincera me es permitido añadir algunos motivos de consuelo , considerad desde luego que no es mi propia voluntad , sino la de Dios la que ha dirigido todo esto. Nunca he apetecido, ni menos buscado esta especie de renombre ó celebridad literaria que tanto inquieta á mi esposa , y que á la verdad , por algunos momentos de satisfaccion que causa , es un manantial de pesadumbres , y una corona de espinas. Pero para el bien de la humanidad es preciso tambien que haya hombres que se dén á conocer , y que defiendan ó restablezcan la verdad , sobre todo en una época de grande crisis como es la presente , y en estos casos nadie se gobierna á sí mismo ; una Providencia superior es la que señala á cada uno su lugar. Si yo hubiese podido imaginar que habia de recibir esta mision, jamás me hubiera empeñado en los vinculos del matrimonio , por no hacer á nadie participante de mi infortunio ; pero pues el Cielo ha dispuesto otra cosa , sin duda que ha tenido en ello sus designios. No atribuyais lo que voy á deciros á un vano amor propio ; muy lexos está el hombre de estos sentimientos , cuando gime y padece hasta el fondo de su alma , pero considerando la série de mi vida , no puedo ya dudar que soy un instrumento en la mano de Dios , que se ha dignado escogerme para preparar ó executar algun designio de su misericordia , y que me conduce segun su voluntad , y no segun la mia. El es quien me ha dotado de estos talen-

lentos de corazon y de espíritu , que desde mi tierna infancia me hicieron amar la verdad con ardor , y combatir el error , ó lo que me parecia tal ; él es quien me inspiró mas adelante estas ideas sencillas y felices , cuyo conocimiento me hizo descubrir un nuevo mundo de verdades ; él es en fin quien me está dando hace diez y seis años esta aplicacion exclusiva al mismo objeto , esta valentía moral , de que yo mismo me admiro á veces , esta perseverancia incontrastable á pesar de tantas tribulaciones y disgustos , apesar de mi extremada sensibilidad y de mi natural timidéz. Pues qué , ¿ no veis lo que tantos otros han observado ya ? El suscita un republicano para restablecer y cimentar las monarquías sobre su verdadera base , un hombre sencillo y poco instruido , cuya educacion fué bastante descuidada , para confundir la ciencia mas orgullosa de los sabios , la misma de que fué imbuido en su juventud , y cuyos errores participó algun tiempo ; finalmente un lego , y ese protestante , descendiente de un reformador , para hacer brillar la Iglesia universal con un nuevo resplandor , y defenderla con unas armas que todavia no se habian empleado. ¿ Creeis que yo haya tenido jamás por mi solo este pensamiento, y que sin el apoyo de una fuerza superior hubiese podido executarlo , triunfar de tantos habitos , desarraigar tantas ideas recibidas desde mi infancia , y resistir á tantos lazos que amo como á las niñas de mis ojos ? Decidme , ¿ no hay en todo esto alguna cosa de sobrenatural ?

Ademas , ¿ qué pensais amigos mios , que es el ser Católico (palabra que os asusta por las preocupaciones de vuestra educacion) ? Si yo me hubiese hecho atéo , impío , miembro de la sociedades anti-cristianas ó sediciosas , nada se hubiera dicho de mi ; á lo mas algunas bue-

buenas almas hubieran gemido en el secreto de su corazon; Si me hubiese agregado á otras sectas igualmente separadas de la Religion dominante, y de la creencia de nuestros padres, socinianas, moravas, místicas, metodistas &, tal vez lo hubieran aprobado, ó á lo mas se hubiera criticado como un exceso de celo; pero reunirse á la sociedad universal, á la gran comunidad de los Cristianos, la mas antigua, la mas numerosa, á la que pertenecieron nuestros antepasados, que está extendida sobre todo el globo, y que (digase lo que se quiera) ha sido siempre la misma, de la cual todas las demas han tenido su origen, sin que ella lo haya tenido de otra; sería esto, pregunto, una falta irremisible? El ser católico no es, como vosotros lo juzgais, ser supersticioso; es unicamente ser cristiano, miembro de esta sociedad de fieles unidos bajo un mismo gefe, con la misma fe y el mismo culto por toda la tierra; de esta sociedad que, en cualquier pays que os halleis, os hace encontrar amigos y hermanos, os ofrece en todas partes la misma creencia, la misma regla de las acciones, y los mismos socorros de caridad en todas las penas é infortunios. Es acaso esta comunidad tan formidable como os la figurais? ¿No veis que ella forma la mayor y la mas hermosa patria de todas? Por lo que á mi hace, me es aun mas apreciable desde que se han disuelto ú roto casi todos los demás vínculos sociales que me ligaban.

Vosotros me direis que he cambiado de Religion, que he abjurado la fe de nuestros padres: amigos mios, un protestante que se hace católico no muda, propiamente hablando, de religion; no hace mas que volver á entrar en el seno de la Iglesia; es una oveja errante que busca sus pastor y rebaño legítimos, un hijo pródigo que vuelve á la casa de su padre, un soldado extraviado, dispues-

puesto á defender la misma causa, y que vuelve á unirse á su cuerpo, y á obedecer á su gefe. Todo lo que los protestantes creen ó afirman creer, los católicos tambien lo creen, y aun con mayor firmeza; el symbolo es uno mismo en las dos confesiones. Todavía veis en el vuestro la Iglesia Cristiana universal y la comunion de los santos, es decir, de los cristianos; solo entre esas sectas diversas nunca se os sabe demostrar donde está, y en qué señal la podrémos reconocer. Así pues entrando en ella no abjura uno su religion; no hace mas que renunciar al Cisma, es decir la separacion de la Iglesia, y á los delirios de su propio espiritu, que segun la Escritura son la causa de todos los extravíos. No hay un escritor protestante, aun de los reformadores, que no se lamente de esta separacion fatal que de tres siglos á esta parte tiene divididos á unos hermanos nacidos para amarse y sostenerse mutuamente. Atribuyese á circunstancias extraordinarias, á abusos verdaderos ó supuestos; pero estas circunstancias ya no exîsten, y estos abusos han cesado; la misma Iglesia los ha corregido; qué motivo hay pues para no reunirse á ella? A mas de que debeis reflexionar que si nadie hubiese abrazado otra fe que la de sus padres, el mundo no hubiera llegado aún á ser cristiano, viviriamos todavia en el paganismo y en la idolatría. Es acaso todo igual, el error ó la verdad una vez reconocida? ¿No son mas bien Lutero y Calvino los que han abandonado y hecho abandonar á otros la antigua fe de sus padres, mientras que yo vuelvo á ella? Y aun nosotros mismos, ¿conservamos por ventura la religion de nuestros inmediatos padres, la misma que nos enseñaron en la juventud? ¿Y nuestros hijos recibirán la misma fe? Ah! qué mudanza tan deplorable se ha obrado entre nosotros en solos treinta ó cuarenta años á esta

upna Universidad Pública de Navarra Nafarroako Unibertsitate Publikoa

tá parte! Ya no hay una creencia comun, cada cual se forma su religion aparte, ó no reconoce ninguna; cada uno explica la Biblia segun su capricho, ó no cree en ella absolutamente; nuestros mismos ministros están divididos entre sí, ni saben lo que creen, ni lo que deben enseñar; el uno afirma por la mañana lo que el otro refuta por la tarde, y estas contradicciones é incoherencias comienzan á chocar á los mismos legos, porque si los pastores no saben el camino, cómo se han de fiar de ellos las ovejas? Para consolarnos de algun modo, llegan al extremo de decir que la religion se debe modificar y reformar continuamente, de suerte que los mismos que me echan en cara haberla mudado, ellos mismos la están mudando todos los dias. Confieso que me es imposible vivir en esta anarquía, en la que no veo sino el caracter del error, y todo lo que se opone á una sociedad religiosa. Mi corazon amante necesita asirse á una cosa estable, y no la encuentra sino en la Iglesia católica; ella sola tiene este caracter de inmutabilidad, grabado en todas las obras del Criador.

Os amedrentan acaso algunos dogmas de la Iglesia Católica? ay amigos mios; toda religion tiene sus misterios, estos son necesarios para humillar nuestro orgullo, para afirmar nuestra fe, y para elevar nuestra alma hasta lo incomprensible, esto es, hasta la Divinidad. Todo es milagroso en la naturaleza; nosotros vemos y sentimos sus resultados, pero no comprendemos su posibilidad ni sus causas. El mismo Dios, su Autor y Legislador invisible, á quien no conocemos sino por los ojos de la fe, y por los efectos de su poder, no es el mayor de los misterios? ¿No tenia ya dicho mi célebre abuelo (*) que entre todas las objeciones de los impíos, la que

(*) Alberto de Haller, miembro del Consejo Soberano de Berna, Señor de Goumsens le Jart & Eclugnens.

que toman de la incomprensibilidad era la mas absurda de todas? Muchos dogmas de la Iglesia protestante son tan superiores á nuestro alcance, como los que vosotros creeis peculiares de la católica. Por lo demas, una vez reconocida la Divinidad de esta Iglesia, es menester escuchar á aquellos de quienes dixo Jesucristo: *El que os oye, á mi me oye*; y yo no pretendo saber mas que tantos bellos ingenios como han florecido en 18 siglos. Finalmente la Iglesia encuentra sus dogmas en la Sagrada Escritura que vosotros tambien admitís; porqué le habeis de negar el derecho de interpretarla que reclamais para vosotros, y aun para cada individuo en particular? A lo menos ella la explica de una manera conforme á toda la antigüedad, y á la inmensa mayoría de los cristianos, de una manera en fin que influye en el corazon de los creyentes una fuerza sobrenatural, y unos consuelos inefables.

Vosotros encontrais sin duda en ella demasiadas ceremonias, y se os dice que esta Religion no consiste sino en el culto exterior: yo tambien habia pensado lo mismo, pero he visto que juzgábamos sin conocimiento de causa, y estoy ya bien desengañado. Leed esos escritos célebres de los Doctores católicos, las sábias Pastorales de sus Obispos, los sermones de sus Oradores, sus sublímes comentarios sobre las Escrituras, la magnificencia de sus cánticos y oraciones, esos admirables libros de devocion y de moral, y veréis si tienen ó no ideas tan grandes, tan elevadas y tan puras sobre la religion interior, como las nuestras, y acaso aun mucho mas. Por lo que mira á las ceremonias y prácticas del culto exterior, ellas son la expresion natural de la fe; todas tienen un fin y un sentido moral para fortificar las buenas costumbres, y elevar el alma á las ideas religiosas. Por lo

upna

lo demás no son de una necesidad absoluta ; pueden, asi como entre vosotros, variar segun las circunstancias, y varían en efecto, como que son objetos de pura disciplina. Si son demasiadas entre los católicos, son ciertamente muy pocas entre los protestantes, y yo prefiero el exceso á la falta del bien. Como simple fiel que soy, no me toca juzgar á la Iglesia; porque á la verdad, qué confusion reinaria, si cada uno quisiese reformarla á su modo? En nuestras repúblicas y gobiernos temporales, quizás no me agradarán igualmente todos los usos y formas, y no obstante estoy obligado á someterme á ellas y á seguirlas, si quiero permanecer miembro de esta sociedad.

Por ventura creeis que basta la Biblia por sí sola, como que es la palabra de Dios, para que cada uno pueda sacar de ella su religion? Ah mis queridos hermanos! Los católicos conocen la Biblia tan bien como nosotros, la citan con mas frecuencia, recomiendan á los fieles su lectura, y sobre todo la creen con una fe mas viva que la nuestra; y en fin siempre me ha parecido que ellos son los que verdaderamente la explican, y de un modo mas elevado y espiritual que nosotros. Ellos son quienes nos la han dado, asi como todo lo que tenemos de bueno y de cristiano; si no fuera por la Iglesia Católica, ni aun la Biblia tendriamos; sobre el testimonio de aquella creemos su divinidad, integridad y autenticidad; solamente se distingue en pensar, (y yo siempre he creido que debia ser asi) que cuando ocurren dudas ó contestaciones sobre el sentido, á la Iglesia toca el interpretarlo. La Biblia es un libro ó una coleccion de libros santos de la Iglesia ó sociedad cristiana, pero no es esta misma sociedad; asi como de ninguna manera las leyes escritas forman lo que se llama un Reyno temporal; pues

ellas

ellas por sí mismas no serían mas que una letra muerta, faltándoles el espiritu de aquella autoridad de donde emanan, y que las vivifica. El Cristianismo ha existido antes que la Biblia; á lo menos antes del Nuevo Testamento ni los mismos Apóstoles la tenían. ¿Habeis visto alguna vez en el mundo una religion propagarse y conservarse pura sin mas apoyo ni auxîlio que el de un solo libro, que los unos no leen, y que los otros lo entienden mal, entregado á la interpretacion arbitraria de cada uno, sin sacerdocio y sin ministerio? ¿No conoceis que baxo este principio se podrian tambien abolir nuestros templos y pastores, nuestras escuelas y catecismos? Ya vemos sus deplorables efectos en la multitud de sectas extravagantes, y á veces abominables, que destruyen nuestras ciudades y campos; sectas contra las cuales ya no hay remedio, supuesto el pretendido derecho de la interpretacion individual, y que acabarán por destruir toda Religion, y producir los mas terribles trastornos, ó por llevarnos forzosamente al centro de la unidad católica.

Ultimamente os quejais de que la Iglesia Católica os condena, porque pretende que no podeis salvaros fuera de ella. Ay amigos mios, cuán poco conoceis la inmensa caridad de esta buena madre que tan imprudentemente hemos abandonado, mas bien para nuestra desgracia que para la suya! Ella no condena vuestras personas sino solamente vuestros errores, ó los falsos principios que os enseñan, asi como el médico condena la enfermedad y no al enfermo: no os aborrece, sino os ama, y os dá el nombre de hermanos suyos aunque separados, al paso que vosotros nunca dais á los Católicos este amistoso titulo; aquella ruega todos los dias por vosotros al pie de los altares, gime por haber perdido tan-

d

tos

tos hijos que le son queridos, y que vé entregados á todos los lobos, es decir, á todos los falsos doctores, y privados de tantos medios de santificacion. Todas las sectas están conjuradas contra ella, no por una misma fe, sino por un odio comun, y esta es precisamente la prueba por donde he conocido que ella debia ser la verdadera, porque todos los errores aun los mas opuestos entre sí, solo conforman en aborrecer la verdad; así como vemos en nuestros dias á todas las sectas politicas dividirse hasta lo infinito por medio de sus sistemas caprichosos, y sus poderes facticios ó usurpados, y no convenirse sino en su furioso encarnizamiento contra toda autoridad natural y legitima. Solo la Iglesia Católica vuelve amor por odio, beneficios por insultos; hace bien á sus enemigos, alivia y consuela á todos los desgraciados de cualesquiér país y creencia que sean.

¿En donde habeis visto jamás un verdadero católico que os haya hecho una ofensa? Yo por mi parte no he recibido de ellos sino favores en todo el curso de mi vida, y me es imposible aborrecer á los que me aman: y si es licito citar exemplos puramente temporales en apoyo de una verdad general, Berna, nuestra misma patria; ¿en dónde ha encontrado amigos en todas las crisis de su existencia, sino entre sus antiguos hermanos los católicos? ¿Quién por el contrario le ha envidiado esta dicha de que gozaba en otro tiempo; quién ha estado buscando constantemente todos los medios de damnificarla; quién la ha abandonado en todos sus peligros? Echad la vista al rededor de vosotros; yo no os lo diré. Por lo menos en lo temporal no se evita el peligro de errar fluctuando á todo viento de doctrina, y sin tener alguna creencia fixa y comun. En las guerras de este mundo no se salva la vida ni se gana la victoria, si cada

uno

uno á su antojo combate ó dexa las armas, si todos quieren mandar y ninguno obedecer. Pues lo propio sucede en las guerras que hacemos al infierno, esto es, á las potestades invisibles del mal y del error. Por lo que mira á la salvacion eterna, este descanso unido á la vida, cuya imagen y precursor es la salud del alma en este mundo, me persuado á que podreis conseguirla con tal que permanezcais de buena fe, creyendo sinceramente la verdad de vuestra religion, siendo cristianos de corazon, y cumpliendo los deberes que esta cualidad os impone, porque Dios seguramente no imputa el error involuntario é invencible (a). Pero yo convencido hace

d2 do-

(a) *Nota del Traductor.* Aunque es absolutamente cierto, como dice Mr. Haller, que Dios no imputa á pecado el error involuntario é invencible, no es tan cierta la suposicion general que hace de que „los proteſtantes que viven de buena fe, y creen sinceramente la verdad de su religion, cumpliendo exâctamente los deberes que esta les impone,“ se hallan con este mismo error ó ignorancia invencible: esto pudiera tener lugar á lo mas entre aquellos proteſtantes rústicos que no tienen medios para salir de ella, ni han oido hablar jamás de la Iglesia Católico-Romana, (en quienes, segun opinion muy probable, basta para salvarse el conocimiento de los principales articulos ó misterios de la fe, que los Teólogos llaman necesarios *necessitate medii ad salvandum*) pero no lo concederémos respecto de aquellos que tienen algunas luces é instruccion para desengañarse, y á los cuales se dirige Mr. Haller; porque estos si quieren reflexionar sériamente sobre los principios de la *Reforma*, sus progresos y variaciones, encontrarán las pruebas de su error, y hallarán la verdad de la Religion Católica, como lo han acreditado multitud de exemplos en todos tiempos, lo convence en esta carta el autor, y lo comprueba por ultimo su misma conversion. Por tanto somos de parecer que Mr. Haller (salva siempre su autoridad en todo lo demas) se equivoca en suponer generalmente en los proteſtantes dicha igno-

doce años de que andamos por camino errado, y de que la Iglesia Católica es la legitima y verdadera, la Iglesia del Dios vivo, la columna y fundamento de la verdad, (Epist. á Timot. cap. III. v. 15.) *¿ no me condenaría eternamente á mi mismo*, si no me reuniese á ella, sobre todo cuando el dedo de Dios me conduce de una manera tan evidente? No quisiera ser temerario para juzgar de la misericordia de Dios en la otra vida, pero me parece demostrado que sin la conversion sincera á la Religion y á Iglesia Católica, hay poca ó ninguna salvacion sobre la tierra, y que por esta razon tambien ha venido Jesu Cristo á establecerla.

Perdonad, amigos mios, esta larga efusion de mi corazon en un negocio de tanta importancia. He creído que una profesion de fe tan sincera no podría menos de comover á unas almas bien nacidas, como para mi ciertamente lo son las que el cielo me ha concedido en mis parientes y hermanos de sangre y de alianza. Jamás podré darle un testimonio suficiente de mi reconocimiento. Con-

so-

ignorancia invencible, pues si viven en ella será porque no quieren aplicarse como él á salir del error y conocer la verdad, que están obligados á buscar desde que llegan á tener la discrecion suficiente. Y sobre los auxilios generales con que Dios asiste á todos los hombres, tienen para buscar y hallar el verdadero camino muchos otros rayos particulares de luz, como son las agitaciones continuas de sus conciencias, y las numerosas conversiones de que habla el autor, las cuales son al mismo tiempo una prueba nada sospechosa de la falsedad de su religion, y unas voces demasiadamente perceptibles con que los llama la Divina Misericordia. Quiera esta continuarselas abundantes, para que siguiendo el exemplo de Mr. Haller no permanezcan mas tiempo tantas almas obcecadas en las tinieblas de sus errores, sino que escuchando las voces del Pastor divino, se vuelvan al rebaño de la Iglesia Católica, la sola verdadadera, fuera de la cual no hay salvacion.

solaos pues, que vuestro hermano no quedará abandonado, el brazo de Dios lo sostendrá. Vivimos, no lo dudeis, en una de las mayores crisis del mundo, y van á prepararse acontecimientos increíbles. De en medio de las ruinas aparentes, y purificada por las desgracias la Iglesia antigua y universal comienza á levantarse de nuevo mas santa y magestuosa que nunca, despues de una larga y terrible persecucion. Por todas partes va atrayendo y ganando almas á su favor, sin proteccion alguna de las Potestades temporales. Una especie de juicio universal se acerca, y quién podrá asegurar que no es el último? El mundo está dividido entre los cristianos unidos al centro comun de la Silla de San Pedro por la una parte, y los impíos ó las ligas anti cristianas por la otra. Solos estos dos partidos se combaten, porque solos ellos están organizados; pero entretanto las almas buenas y religiosas que todavia hay entre los protestantes, vuelven ya, y deben volver á unirse mas ó menos á sus hermanos los Católicos, so pena de que en vista de su dispersion, y de la falta de una creencia comun se les confunda con los enemigos del cristianismo, y se les diga. De dónde venís? ¿A quién perteneceis?... No os conozco. Asi, tantos millares como me han precedido, otros tantos millares me seguirán. Nunca han sido las conversiones ni tan frecuentes ni tan ruidosas como en nuestros dias: vereis exemplos todavia mucho mas memorables que el mio, y podría ya citaros algunos bien singulares en todas las clases, desde los Principes Soberanos y sábios del mundo, hasta los jornaleros y aun hasta los ministros protestantes, tanto en Inglaterra, como en Alemania y en Suiza. Y quién sabe si yo he hecho otra cosa que mostraros el camino? Entre creer y confesar hay muy poca diferencia. Vosotros me concedeis el fondo; por qué os ha de ofender la forma

ex-

upna

exterior? Ah, dexadme, dexadme esta libertad de conciencia que invocais para todos los demas: sí, yo venceré vuestra repugnancia, si es que exîste todavia entre vosotros, y os obligaré á que me ameis á pesar vuestro: yo os haré ver con mi conducta si es santa la moral que me impone esta antigua religion de nuestros padres á la cual he vuelto. Seré en adelante mejor marido, mejor padre, mejor hermano; cumpliré con mayor escrupulosidad que antes los deberes de la sociedad. No me reuseis pues vuestra amistad, lo cual quebrantaría mi corazon sin mudar mi fe. He rogado por mi esposa, y gran numero de cristianos ha unido sus ruegos á los mios. Dios los oirá propicio, y espero la asistirá con su gracia para que pueda sobrellevar estas penas pasageras que le causo tal vez por convertirselas en satisfacciones. Pero si á pesar de esto se mantuviese todavia triste y desconsolada, yo os la recomiendo amigos mios con el mayor encarecimiento; considerad que es vuestra hermana, la madre de mis hijos, la compañera de mi vida, y que ha participado conmigo muchas mas penas que placeres. Derramad en torno de ella vuestros amorosos y tiernos consuelos, bañad su corazon con el dulce bálsamo del fraternal cariño; decidla que no he cometido ninguna mala accion, que todavia me amais: con esto volverá á tranquilizarse, su valor se reanimará, y de este modo pasarémos juntos el resto de nuestra vida, ya que no sin tribulaciones, al menos llena de dulzura, de union y concordia. La Providencia cuidará tambien de mis queridos hijos; espero mandarles en testamento la bendicion de Dios, y un nombre que no los dexará sin amigos en el mundo. Algunas emociones saludables, algunos exemplos de la virtud paciente, ó de la inocencia perseguida, serán de grande utilidad y provecho para su alma. Muchas veces he temido en ellos esta no interrum-

rumpida série de prosperidad que con demasiada frecuencia engendra y alimenta el orgullo, endurece y diseca el corazon.

Finalmente, amados hermanos y parientes mios, si me es lícito pedir tambien por mi, y conjuraros en esta Semana Santa por la caridad de nuestro comun Salvador y Señor Jesucristo, no me dexeis aguardar la respuesta á esta larga carta; sacadme de las mortales inquietudes que han turbado toda mi mansion en esta Ciudad. Decidme que ya la grande crisis se ha pasado, que me conservais vuestro afecto, que mi esposa se somete igualmente á la voluntad de Dios, y que puedo volar á vuestros brazos para estrecharlos tiernamente en mi corazon. Pero aun cuando todavia me estuviesen reservadas otras penas y aflicciones, aun cuando vosotros mismos (lo que estoy muy léxos de pensar) tuvieseis la dureza de abandonarme, y de apartaros mas ó menos de mi, no por eso se disminuiria un punto mi cordial amor acia vosotros hasta el último suspiro de mi vida, acaso mas proxîmo de lo que pensais, atendida la debilidad de mi salud, causada por tantos trabajos, por mi extremada sensibilidad, y por las emociones morales que continuamente me han agitado.

París 13 de abril de 1821.

Carlos Luis de Haller.

ADVERTENCIA.

Esta carta salió de París el dia 13 de abril, y llegó á Berna el 17 del mismo, en donde fué leida al dia

dia siguiente en presencia de todos los miembros de la familia de Mr. Haller , los cuales quedaron vivamente comovidos de ella , é inmediatamente respondieron al autor asegurandole que su conversion á la Iglesia Católica en nada habia debilitado el amor que siempre le tenian.

Habiendo creido varias personas de caracter que en esta carta se contienen algunas verdades útiles , Mr. Haller ha consentido en que se dé á la prensa , y sin suprimir cosa alguna del original , solamente se han hecho algunas ligeras adiciones.